

B. A. HOUSSAY

DE LA ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS

EL

HOMBRE DE CIENCIA



BUENOS AIRES

ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS

1943

DEL BOLETÍN DE LA ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS, tomo XII, n° 45, 1943

EL HOMBRE DE CIENCIA

Hombre de ciencia es quien se dedica en forma exclusiva o preponderante a investigar la verdad, hallando conocimientos nuevos, y no el simple erudito que repite lo ya conocido. Lo que lo distingue y caracteriza es su consagración a la investigación original y la profundidad de sus estudios.

La investigación científica consiste en la búsqueda permanente de la verdad por métodos objetivos adecuados y precisos. Las diligencias para tal pesquisa deben llevarse a cabo concienzudamente, en forma continua y sin interrupción, como lo expresa muy bien la palabra inglesa *research*, que literalmente significa una búsqueda incesantemente repetida, o sea, buscar y volver a buscar para aclarar cada vez mejor.

La necesidad de investigar obedece a razones múltiples, entre las cuales :

1° Psicológicas : satisfacción de la curiosidad, ansia de adquirir conocimientos, jerarquía y poder.

2° Racionales : deseo de comprender al hombre y al mundo exterior ; el conocimiento previo es base de toda acción acertada.

3° Sociales : aplicar el conocimiento al mayor bienestar físico y mental del hombre, y a mejorar sus condiciones de vida.

4° Patrióticas : deseo de aumentar la cultura, la jerarquía, el poder y hasta la independencia de su continente, país, región, ciudad o escuela, lo cual se obtiene por el adelanto cultural y técnico mantenido por la investigación permanente.

El conocimiento previo correcto es la base indispensable de toda acción humana acertada y benéfica. Para llegar a él debe realizarse permanentemente la investigación original desinteresada, puesto que el cultivo de las ciencias puras es la base de la que derivan todas las aplicaciones prácticas y el adelanto técnico. Las ciencias viven y progresan mediante la investigación.

A la investigación no la realizan los laboratorios ni los hospitales, sino los hombres competentes que trabajan en ellos. La mayor falta que suele cometerse es la fe ciega en los edificios e instrumentos y la ignorancia de que lo más importante es formar hombres dotados y sobresalientes y luego apoyarlos. En la investigación las ideas son más importantes que el dinero, la instalación y el equipo de los laboratorios. Nada es tan valioso y fundamental como el hombre, pues sin un cerebro descollante solo se conseguirán realizar gastos, pero no se obtendrá un rendimiento.

Se reconoce al hombre de ciencia auténtico por una serie de rasgos característicos. En primer lugar por su entusiasmo por la ciencia, pues está enamorado de la verdad y dedica su vida a encontrarla y luego hacerla triunfar. Su gloria es verla resplandecer respetada por todos.

Es un rasgo distintivo del investigador verdadero su consagración constante y devota a la investigación, a la cual dedica todo el tiempo disponible, robado a menudo a otros compromisos.

Su desinterés es profundo, pues lo único que busca es poder trabajar bien. Se satisface con realizar un descubrimiento o establecer una ley, porque más que el amor a la gloria o a la fama, lo inspira una devoción religiosa por la ciencia, pasión dominante a la que suele consagrarse con fidelidad definitiva y sin detenerse por las mayores dificultades. En mi concepto, sólo cuando llega a hacer sacrificios estamos seguros de que la vocación de un hombre de ciencia es firme y sincera.

Una de las más bellas virtudes que me ha sido dado comprobar en eminentes investigadores ha sido la generosidad. He visto en ellos el ansia de apoyo paternal a los que se forman, el deseo de ayudar a las investigaciones con la sola recompensa de hallar algo nuevo, sin preocuparse mucho de figurar como autor del trabajo. Pienso que hay que dar ampliamente todo lo que se sabe, sin reticencias ni ocultamientos, porque es correcto y agradable hacerlo así. Por otra parte, estimo que sólo puede dar el que posee, y considero bien pobre al que no prodiga sus ideas, pues parece que teme cederlas y no llegar a tener otras nuevas.

Curioso e insatisfecho con el conocimiento actual, el hombre de ciencia se resiste a aceptarlo como definitivo, y procura reinvestigar sus fundamentos y examinar su solidez y sus proyecciones posibles. Por eso, un buen investigador debe poseer la mayor libertad intelectual y tener mucha independencia frente a las doctrinas y sistemas reinantes.

Ya hemos explicado que el hombre de ciencia propiamente dicho es el que se dedica a la investigación original, entendiendo por esto último el buscar verdades aun desconocidas. No es hombre de ciencia el que practica un arte aplicado: ingeniería, medicina, abogacía, mecánica, química o electri-

cidad, a pesar de la errónea creencia tan difundida. Estos profesionales son hombres de ciencia cuando realizan investigaciones originales y no realizan solamente las aplicaciones prácticas o inmediatas.

El investigador debe estar dotado de prendas intelectuales y morales destacadas: espíritu de investigación y capacidad de observar bien; imaginación creadora, para tener audacia en las hipótesis y rigor en las demostraciones; inteligencia clara, para comprender bien y seguir a fondo los razonamientos; capacidad de síntesis y de generalización, y aptitud de seguir las deducciones hasta su último extremo; espíritu de crítica riguroso, pero sin que una tendencia hipercrítica lo lleve a la inacción; sentido de la responsabilidad y horror a lo sensacional y a los éxitos ficticios; devoción fiel a la verdad y firme espíritu de justicia.

Para tener éxito en la investigación hay que tener perseverancia, tenacidad y energía. Aplicada a un solo punto la llama del soplete perfora al metal más duro, pero paseada incessantemente de un lado para otro no alcanza ni a entibiárla. Para lograr grandes resultados hay que tener suficiente tranquilidad de espíritu para poder concentrar la inteligencia, con consagración absoluta, en un ambiente estimulante en lo espiritual y limpio en lo moral.

El investigador debe tener laboriosidad y ser capaz de desarrollar una acción tenaz y continua, hasta realizar lo que se propone. Debe tener fe y aspirar hasta a aquello que parece imposible, pues si es perseverante lo conseguirá alguna vez. Hay que hacer las cosas bien y sin perder el tiempo, trabajar sin intermitencias, y mantener igual vigor al principio, en el medio y al final de la labor. He comprobado que la falta de vigor en el trabajo malogra a muchas mentes bien dota-

das, y que hay un mínimo de velocidad por debajo del cual los trabajos no progresan debidamente y pierden vuelo. Digo siempre que no sólo hay que hacer hoy lo que nos toca hacer hoy, sino también lo que nos tocará hacer mañana y pasado mañana. Cuando oigo decir que alguien es inteligente, pero que no trabaja, pienso que no es bastante inteligente, porque si lo fuera comprendería su deber de trabajar, porque la verdadera inteligencia aguijonea el deseo de investigar la verdad. El investigador no debe descansar jamás, pues como dijo el poeta, la luciérnaga sólo brilla cuando vuela, y como ella, la mente humana se apaga cuando descansa.

El trabajar intensamente es la manera de corresponder a las esperanzas y los sacrificios que han hecho toda la colectividad y cada uno de sus miembros para sostener instituciones y puestos destinados a la investigación. El ocuparlos significa una responsabilidad seria, un honor muy grande y la obligación de trabajar.

En general conviene que el investigador esté bien informado acerca del estado actual de los conocimientos sobre el tema que va a estudiar. Si bien el exceso de erudición puede perjudicar a la libertad espiritual de algunos, más pernicioso es ser ignorante y estar atrasado, lo que expone a investigar larga y penosamente cosas ya conocidas y sobrepasadas.

El conocimiento de un asunto no es la simple compilación pasiva de datos, es discriminar y establecer un sistema de ideas que muestre claramente lo ya conocido y lo aun desconocido. No basta la erudición y la ingestión copiosa de lecturas, sino que es preciso digerirlas y assimilarlas para llegar a una síntesis clara y crítica del estado de los conocimientos.

Al investigador le conviene el contacto frecuente con la

juventud, que es estimulante, da ideas nuevas y muestra inesperadamente la debilidad de algunas explicaciones clásicamente aceptadas.

Tarde o temprano el que ama verdaderamente a la ciencia y se dedica a cultivarla con pasión profunda, sentirá el ansia de continuidad y proselitismo y buscará de ayudar con fervor paterno a los que demuestren amarla sinceramente y quieran dedicarse a ella, con lo cual creará una escuela.

El hombre de ciencia moderno está dispuesto a despertar vocaciones, a ayudar a los jóvenes y a colaborar. La falta de capacidad de colaboración es un tremendo defecto de algunos individuos y hace que rinda poco su inteligencia. En verdad resulta un vicio mezquino y una falta de patriotismo.

La capacidad de cooperar, además de ser útil o aun indispensable, es un rasgo superior de cultura intelectual y moral. El aislarse es un rango de inferioridad mental o de vanidad subalterna. Pasó ya el tiempo en que un solo hombre aislado podía realizar investigaciones completas. Hoy debe trabajarse en grupos (en *team*) y con espíritu de colaboración y ayuda. Pero este trabajo en cooperación debe ser tal que estimule y no aplaste a la iniciativa individual.

Conviene que el investigador exprese los resultados de sus estudios en lenguaje claro y preciso, y si es posible con elegancia y fuerza. La belleza de la forma no es fácil de conseguir en el lenguaje técnico, pero en cierto modo le confieren dicha cualidad la exactitud y la sobriedad.

La formación de investigadores es un deber para los gobiernos y dirigentes, para llenar la imprescindible necesidad de cuidar la salud de los habitantes, mejorar la agricultura, la ganadería y la técnica, y también para asegurar la defensa nacional. Un país previsor y con moral cívica no puede es-

perar decentemente que sus sabios surjan por milagro, ni acostumbrarse a la desconsiderada explotación de su vocación y heroísmo.

En la etapa de cultura científica incipiente que atravesamos se hallan tres categorías de investigadores : 1° los héroes abnegados y casi mártires, que son muy raros ; 2° los que tienen vocación y una fortuna personal, que son un poco más frecuentes ; 3° los seudo investigadores, mucho más abundantes. Estos últimos publican mucho, sin idea clara de la responsabilidad y firman los numerosos trabajos superficiales de sus colaboradores, con lo que creen o hacen creer que son investigadores originales, porque les parece decorativo o distinguido aparecer como tales.

En nuestro ambiente, todos saben que una variedad de trigo o un toro de raza refinada sólo se obtienen después de un largo tiempo de esmerado cultivo o por una selección prolongada mediante cuidados perseverantes. En cambio, es común la idea errónea de que un hombre de ciencia puede improvisarse u obtenerse con facilidad. En realidad para formarlos es necesario mucho esfuerzo inteligente, darle una preparación básica sólida y someterlo a un trabajo metódico prolongado con maestros eminentes.

Un país que no forma hombres de ciencia y no mantiene la investigación original desinteresada, no ha alcanzado aún una jerarquía cultural de primera clase y no tiene calidad superior ni es poderoso moral, intelectual ni técnicamente. Considero como un rasgo de buen gobierno y como índice de que un país posee ya una cultura superior, el que existan organizaciones para formar buenos investigadores y apoyar sus actividades.

C O N I
BUENOS AIRES